

SANCTI ISIDORI HISPALENSIS EPISCOPI DE NATURA RERUM AD SISEBUTUM REGEM LIBER. (C)

Prólogo. AL SEÑOR Y HIJO SISEBUTO ISIDORO.

1

1. Aunque sé que posees un ingenio brillante, elocuencia y un variado conocimiento de las letras, aún así dedicas más esfuerzo y me pides que te explique ciertos aspectos de la naturaleza de las cosas o sus causas. Yo, por mi parte, no demoro en satisfacer tu deseo y ánimo, revisando los monumentos de los antiguos, y expongo en parte la razón de los días y los meses, los límites del año, y la sucesión de las estaciones, la naturaleza de los elementos, y finalmente los cursos del sol y la luna, y las causas de ciertos astros, los signos de las tempestades y los vientos, así como la posición de la tierra y las mareas alternas del mar.

2. Todo esto, según lo que los antiguos hombres, y especialmente como está escrito en las letras de los hombres católicos, hemos anotado en una breve tabla. Pues conocer la naturaleza de estas cosas no es una ciencia supersticiosa, si se considera con una doctrina sana y sobria. Más bien, si estuvieran completamente alejados de la investigación de la verdad, de ninguna manera aquel rey sabio diría: Él mismo me dio el verdadero conocimiento de estas cosas que son, para que sepa la disposición del cielo, y las virtudes de los elementos, las mutaciones de las conversiones, y las divisiones de los tiempos, el curso de los años, y las disposiciones de las estrellas.

3. Por lo tanto, comenzando desde el día cuya primera creación existe en el orden de las cosas visibles, prosigamos con las demás sobre las cuales sabemos que algunos hombres gentiles o eclesiásticos han opinado, exponiendo en ciertos casos sus causas, y sus sentidos y palabras, para que la autoridad de sus dichos haga fe.

CAPÍTULO PRIMERO. De los días.

1. El día es la presencia del sol naciente, hasta que llega al ocaso. El día suele llamarse de dos maneras: propiamente desde el amanecer del sol, hasta que vuelve a salir, y de manera impropia desde el amanecer del sol, hasta que llega al ocaso. Los espacios del día son dos, el diurno y el nocturno; y el día consta de 24 horas; el espacio, de 12 horas.

2. Las partes del día impropio son tres: mañana, mediodía y tarde. Algunos consideran el inicio del día desde el amanecer, otros desde el ocaso, y otros desde la medianoche. Pues los caldeos inician el día desde el amanecer del sol, llamando a todo ese espacio un día. Los egipcios, sin embargo, toman el inicio del día desde el comienzo de la noche siguiente. Los romanos quieren que el día comience a medianoche y termine a medianoche.

3. En el principio de las obras de Dios, el día comenzaba con la luz para significar la caída del hombre. Ahora, sin embargo, comienza desde las tinieblas hacia la luz, para que el día no se oscurezca en la noche, sino que la noche brille en el día, como está escrito que de las tinieblas resplandezca la luz, porque el hombre liberado de las tinieblas de los delitos llega a la luz de la fe y del conocimiento. Proféticamente, el día significa el conocimiento de la ley divina, y la noche la ceguera de la ignorancia, según el profeta Oseas, que dice: A la noche he asimilado a tu madre, mi pueblo se ha convertido como si no tuviera conocimiento. Asimismo, a veces el día significa la prosperidad del mundo, y la noche la adversidad.

4. Los días fastos son aquellos en los que se pronuncia la ley, es decir, se dice, y los nefastos en los que no se dice. Los días festivos son aquellos en los que se realiza el culto divino, y es necesario que los hombres se abstengan de pleitos. Los días profanos, contrarios a los festivos, es decir, sin religión; los festivos son tanto de ocio como de religión; los días oscuros son los que también se llaman comunes. Los días siderales, en los que se mueven las estrellas, y los hombres son excluidos de la navegación; los días justos son continuos treinta. Los días de batalla, en los que es lícito desafiar al enemigo en guerra, de los cuales el libro de los reyes da testimonio, diciendo: En el tiempo en que los reyes suelen salir a la guerra.

5. Los días intercalados son cinco, que según los egipcios sobran a los doce meses, y comienzan el noveno día antes de las calendas de septiembre, y terminan el quinto día antes de las calendas mencionadas. Los días de las epactas son once, que cada año se añaden al curso lunar. Pues mientras en un año las doce lunas tienen 354 días, quedan para el curso del año solar 11 días, que los egipcios llamaron epactas, porque se añaden para encontrar la luna durante todo el año. Los días solsticiales son aquellos en los que el sol se detiene, aumentando el espacio de los días o de las noches. Los días equinocciales son aquellos en los que el día y la noche se desarrollan en espacios iguales de horas.

CAPÍTULO II. De la noche.

1. La noche es la ausencia del sol, mientras desde el ocaso vuelve al amanecer. Se cree que la noche se produce por la sombra de la tierra, dada para el descanso del cuerpo, no para el oficio de alguna obra. Sin embargo, en las Escrituras, la noche se toma de dos maneras, es decir, o como tribulación de persecución, o como oscuridad del corazón ciego. La noche se llama así por dañar, porque daña a los ojos.

2. Las partes de la noche son siete: crepúsculo, anochecer, silencio, intempestivo, canto del gallo, crepúsculo y matutino. Se llama crepúsculo, es decir, crepuscular, que decimos dudoso, esto es, entre la luz y las tinieblas. Anochecer, cuando aparece la estrella que lleva este nombre.

3. Silencio, cuando todos callan; callar es guardar silencio. Intempestivo, es decir, inoportuno, cuando no se puede hacer nada y todo está en calma. El canto del gallo se llama así por los gallos que anuncian la luz. El crepúsculo matutino, entre la retirada de la noche y la llegada del día.

CAPÍTULO III. De la semana.

1. La semana entre los griegos y romanos se completa en un curso de siete días. Entre los hebreos, sin embargo, son siete años. Esto lo declara Daniel sobre las setenta semanas. La semana consta de siete ferias. La feria también se llama así por hablar, como hablar, porque en la creación del mundo cada día Dios dijo hágase. También porque el día del sábado, desde el principio, se considera festivo. De ahí que el día del sol se llame primera feria, porque es el primero de la feria. Asimismo, el día de la luna es la segunda feria, porque es el segundo de la feria, es decir, del sábado, que es festivo. Así también los demás días tomaron sus nombres de este número.

2. Entre los romanos, sin embargo, estos días tomaron su nombre de los planetas, es decir, de las estrellas errantes. Llamaron al primer día por el sol, que es el príncipe de todos los astros, así como ese día es la cabeza de todos los días. Al segundo por la luna, que es la más cercana

al sol en esplendor y magnitud, y de él toma su luz. Al tercero por la estrella de Marte, que se llama Pyrois.

3. Al cuarto por la estrella de Mercurio, que algunos dicen que es un círculo blanco. Al quinto por la estrella de Júpiter, que llaman Phaethon. Al sexto por la estrella de Venus, que afirman es Lucifer, que entre todas las estrellas tiene más luz. Al séptimo por la estrella de Saturno, que situada en el séptimo cielo, se dice que completa su curso en treinta años.

4. Por lo tanto, los gentiles dieron nombres a los días a partir de estas siete estrellas, porque creían que a través de ellas se lograba algo para ellos, diciendo que del sol tienen el espíritu, de la luna el cuerpo, de Mercurio la lengua y la sabiduría, de Venus el placer, de Marte el fervor, de Júpiter la templanza, de Saturno la lentitud. Tal fue la necedad de los gentiles, que se inventaron para sí mismos tales ficciones ridículas.

CAPÍTULO IV. De los meses.

1. El mes es el circuito de la luz lunar y su renovación, o el curso de la luna de nueva a nueva. Su figura a menudo se entiende como el curso de esta vida, que se lleva a cabo con sus incrementos, como el mes, y se termina con disminuciones muy ciertas. Los antiguos definieron el mes como: Mientras la luna es llevada a través del círculo del Zodíaco.

2. Los antiguos gentiles dieron a los meses ciertos nombres de sus dioses, algunos por causas, y otros por número, comenzando por marzo, porque desde él guardaron el orden del año naciente. Llamaron a este marzo así en honor a Rómulo, porque creían que era hijo de Marte. Abril, sin embargo, no lo nombraron por ninguno de sus dioses, sino por su propia naturaleza, como Aperil, porque entonces se abre mucho el brote en flor.

3. Luego el mes de mayo, por Maia, madre de Mercurio, a quien decretaron como diosa por sus mayores. Después junio por Juno, que testifican fue hermana o esposa de Júpiter. Otros, sin embargo, dijeron que se llama junio por los jóvenes, así como mayo por los mayores. También llamaron julio por Julio César, y agosto por Octavio Augusto. Pues antes julio se llamaba Quintilis, y agosto Sextilis. Pero sus nombres fueron cambiados por los césares Julio y Augusto.

4. Ya septiembre, porque es el séptimo desde marzo, que es el principio de la primavera. De manera similar, octubre, noviembre y diciembre tomaron su nombre del número de lluvias y de la primavera. Por otro lado, llamaron enero por el nombre de Jano, pero especialmente se llama enero porque es la puerta del año y su principio. Febrero, sin embargo, lo llamaron por los ritos de Februs de los Lupercales. Así, entre los antiguos latinos, el curso del año se contaba en diez meses. Pero los romanos añadieron enero y febrero, y Numa Pompilio distinguió el año en doce meses.

5. Sin embargo, muchos afirman que el rey Anco de los sabinos fue el primero en dividir el año en meses, estableciendo las Idus, las Calendas y los días intercalados. En los códices de las Sagradas Escrituras se muestra que el año tenía doce meses incluso antes del diluvio. Como allí se lee: El agua disminuyó hasta el undécimo mes. En el undécimo mes, el primer día del mes, aparecieron las cimas de las montañas. Así se contaba entonces el mes, como ahora. Pero no por las Calendas, sino por el comienzo y fin de la luna.

6. Las Calendas se llaman así por el culto. Pues entre los antiguos siempre se celebraban los principios de los meses. Las Idus se llaman así por los días, o por el idulio, y las Nonas por

las nundinas. Todos los meses entre los latinos comienzan con las Calendas. Entre los hebreos, con el regreso de la luna naciente.

7. Entre los egipcios, sin embargo, los principios de los meses se anuncian cuatro o cinco días antes de las Calendas, según lo que la fórmula adjunta declara. (Ver pág. sig.) Luego se regresa al cuarto día antes de las Calendas de septiembre, y de esta manera se completan los 365 días de los doce meses egipcios. Quedan cinco días, que llamaron epagómenos, o intercalados, o añadidos. De los cuales se ha mencionado anteriormente.

CAPÍTULO V. De la Concordia de los meses.

1. Enero concuerda con diciembre en la medida de las horas. Febrero consume un espacio igual al de noviembre. Marzo concuerda con octubre. Abril iguala a septiembre. Mayo responde a agosto. Junio es comparable a julio.

CAPÍTULO VI. De los años.

1. El año es el circuito del sol y su regreso a través de doce meses. Su nombre figuradamente significa todo el tiempo de esta vida, como se dice por Isaías: Proclamar el año aceptable del Señor. Porque no solo fue aceptable aquel en el que el Señor predicó, sino todo el tiempo, según dice el Apóstol: He aquí ahora el tiempo aceptable. Finalmente, añadió el día del juicio al fin de este año, diciendo: Proclamar el año del Señor, y el día de la retribución.

2. Algunos creen que el año se llama así, como anillo, es decir, círculo. De ahí que los anillos se llamen diminutivamente. Algunos consideran el principio del año desde el solsticio de invierno, como los romanos; otros desde el equinoccio de primavera, como los hebreos; otros desde el solsticio, como los griegos; otros desde el otoño, como los egipcios. Los sabios de este mundo dijeron que el año es en parte civil, en parte natural, en parte grande. El año civil es el que se termina en el regreso de un solo astro a través de doce meses.

3. El año natural es cuando la luna se interpone al sol, de modo que, colocada entre el orbe del sol y nuestros ojos, produce la oscuridad total del sol, lo que se llama eclipse; cuya razón fue durante mucho tiempo oscura, pero fue explicada por un cierto filósofo de Mileto. El año grande se dice cuando todos los astros, en tiempos y números ciertos, regresan a su lugar u orden. Los antiguos dijeron que este año se completa o se cumple en el año seiscientos.

4. El año solsticial es cuando el sol, habiendo completado su circuito a través de todos los signos, regresa al punto de donde tomó el principio de su curso; este es el año solar, o civil, que se completa en 365 días. El año lunar común es el que transcurre en doce meses lunares, es decir, 354 días. El año embolismal es el que se muestra que tiene trece lunas y 384 días, en el cual el día de Pascua se extiende más. El año bisiesto es aquel en el que se acumula la suma de un día en cuatro años por la razón del cuadrante. El año jubilar es el de la remisión, que se teje en siete semanas de años, es decir, 49 años, en el cual según la ley se tocaban las trompetas, y todos regresaban a su antigua posesión.

5. La Olimpiada es entre los griegos el cuarto año, por el certamen olímpico, que llega después de cuatro años transcurridos. En los cuales el tiempo del certamen alcanza su fin, debido al curso de cuatro años del sol, y porque en cada año, con el consumo de tres horas, en cuatro años se completa un día. En este tiempo enviaban a las ciudades para advertir, para que no solo de todas partes, sino también de todo género, edad y sexo se reunieran.

6. El lustro es un período de cinco años entre los romanos. Se llama lustro porque el censo se realizaba en la república cada cinco años. Luego, después de realizado el censo, se hacía un sacrificio y se purificaba la ciudad de Roma. Las indicciones fueron inventadas por los romanos, que, viniendo cada año hasta el decimoquinto, vuelven de nuevo al principio del primer año.

7. La era también fue establecida en tiempos de César Augusto. Se llama era, desde que el mundo profesó pagar tributo al pueblo romano. La era crece desde el día de las Calendas de enero. El bisiesto, sin embargo, se añade en el curso de la luna desde el sexto día antes de las Calendas de marzo hasta el día antes de las Calendas. El año de los egipcios sin bisiesto comienza el cuarto día antes de las Calendas de septiembre, y con bisiesto desde el tercer día antes de las Calendas mencionadas.

CAPÍTULO VII. De los tiempos.

1. Como dice Ambrosio, los tiempos son las vicisitudes de los cambios, en los cuales el sol, con la medida cierta de su curso, distingue el orbe del año con una variedad difundida. Los tiempos son los movimientos de los astros. Por eso Dios, cuando los instituyó, dijo: Y sean para señales, y tiempos, y días, y años, es decir, en algún movimiento mutable, cuyo antes y después pasan, porque no pueden ser simultáneos. El tiempo según los hebreos es un año completo, según aquello en Daniel: Tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. Por tiempo significa un año, por tiempos dos, y por la mitad seis meses.

2. Según los latinos, sin embargo, se asignan cuatro tiempos a un año: invierno, primavera, verano y otoño. El invierno es cuando el sol permanece en las partes meridionales, entonces el sol está más lejos, y la tierra se congela con hielo, y se comprime, y los espacios de la noche son más largos que los del día. De aquí surge la causa de que en los vientos invernales se derrame una gran cantidad de nieve y lluvias. La primavera es cuando el sol, saliendo de las partes meridionales, regresa sobre la tierra, y iguala los tiempos del día y la noche, y devuelve la templanza del aire, y calentando todo, impulsa a la reproducción, para que la tierra germine, y las semillas revividas en los surcos se renueven, y la sucesión anual de todas las especies que están en la tierra o en las aguas se propague.

3. El verano es cuando el sol se eleva hacia el norte, y prolonga los espacios diurnos, y acorta y comprime las noches. Por lo tanto, cuanto más se une y mezcla con este aire por el uso continuo, más vaporiza el aire mismo, y con la humedad seca, la tierra se desmorona en polvo, y hace crecer las semillas, y como jugos verdes hace madurar los frutos de los bosques. Entonces, porque el sol también arde con los calores estivales, hace sombras más pequeñas al mediodía, porque ilumina este lugar desde lo alto. El otoño es cuando el sol, descendiendo de lo alto del cielo, disminuye la magnitud de los calores, y, relajando y depositando el calor por un tiempo, proporciona templanza, con la temporada de vientos, y el torbellino de tormentas, y la fuerza de los relámpagos y truenos sonoros.

4. Como hemos señalado las vicisitudes de los tiempos con ciertas distinciones según las definiciones anteriores, ahora expliquemos cómo estos tiempos se conectan entre sí en círculos naturales. La primavera consta de humedad y fuego, el verano de fuego y sequedad, el otoño de sequedad y frío, el invierno de frío y humedad. De ahí que también se llamen tiempos de la conmoción del temperamento: de cuya comunión esta es la figura.

5. Los principios de estos tiempos son: la primavera comienza el octavo día antes de las Calendas de marzo, permaneciendo 91 días. El verano comienza el noveno día antes de las

Calendas de junio, 91 días. El otoño toma su principio el décimo día antes de las Calendas de septiembre, 93 días. El invierno comienza el séptimo día antes de las Calendas de diciembre, 90 días; de donde se hacen los 365 días del año. Esto según la diferencia natural de los tiempos.

6. Sin embargo, según la alegoría, el invierno se entiende como tribulación temporal, cuando las tempestades y torbellinos del mundo se ciernen. El verano es la persecución de la fe, cuando la doctrina de la infidelidad se seca por la aridez. La primavera, sin embargo, es la novedad de la fe, o la paz, cuando después de la tribulación del invierno se devuelve la tranquilidad a la Iglesia, cuando se celebra el mes de los nuevos, es decir, la Pascua del cordero, cuando la tierra se adorna con flores, es decir, la Iglesia con las asambleas de los santos.

7. Así, el año se explica por el circuito del sol y los meses. Los tiempos se desarrollan por las vicisitudes de los cambios. El mes se completa con el crecimiento y la vejez de la luna. La semana se termina con el número septenario de días. El día y la noche se renuevan con las alternas vicisitudes de luces y tinieblas. La hora se completa con ciertos movimientos y momentos.

CAPÍTULO VIII. Del solsticio y el equinoccio.

1. Hay dos solsticios: el primero invernal el octavo día antes de las Calendas de enero, cuando el sol se detiene y los días crecen. El otro estival, el octavo día antes de las Calendas de julio, cuando el sol se detiene y las noches crecen. Contrarios a estos hay dos equinoccios; uno vernal, el octavo día antes de las Calendas de abril, cuando los días crecen: el otro otoñal, el octavo día antes de las Calendas de octubre, cuando los días disminuyen.

2. El solsticio se llama así, como estación del sol. El equinoccio, porque entonces el día y la noche se igualan en doce horas, con sus espacios igualados. El solsticio estival se llama lámpara, porque desde ese día la lámpara del sol recibe mayor claridad, e infunde un calor excesivo con la llegada del verano.

CAPÍTULO IX. Del mundo.

1. El mundo es el universo entero, que consta de cielo y tierra. De lo cual el apóstol Pablo dice: Porque pasa la figura de este mundo. Según el sentido místico, el mundo adecuadamente significa al hombre: porque así como aquel está compuesto de cuatro elementos, también este consta de cuatro humores mezclados en una sola temperancia.

2. Por eso los antiguos situaron al hombre en comunión con la estructura del mundo. En griego, el mundo se llama κόσμος, y el hombre, μικρόκοσμος, es decir, un mundo menor; aunque a veces la Escritura insinúa a los pecadores como el mundo, de quienes se ha dicho: Y el mundo no lo conoció.

3. La formación del mundo se demuestra así. Pues así como el mundo se erige hacia la región septentrional, así se inclina hacia la austral. La cabeza y casi el rostro es la región oriental, la última parte es la septentrional. Pues sus partes son cuatro: la primera parte del mundo es el Oriente. La segunda, el mediodía. La tercera, el Occidente. Y la última y extrema, la septentrional. De la cual Lucano dice: Así yace la parte más baja del mundo, que la zona nevada y los inviernos perpetuos oprimen.

CAPÍTULO X. De los cinco círculos.

1. En la definición del mundo, los filósofos dicen que hay cinco círculos, que los griegos llaman zonas, en los cuales se divide el orbe terrestre. Virgilio los muestra en las Geórgicas, diciendo: Cinco zonas sostienen el cielo. Pero imaginémoslas a modo de nuestra mano derecha, de modo que el pulgar sea el círculo Ártico, inhabitable por el frío; el segundo círculo, el Térmico, templado y habitable; el círculo medio, el Ecuatorial, tórrido e inhabitable; el cuarto círculo, el Templado, habitable; el quinto círculo, el Antártico, frío e inhabitable.

2. El primero de ellos es septentrional, el segundo solsticial, el tercero equinoccial, el cuarto invernal, el quinto austral. De los cuales Varrón dijo: Pero el orbe etéreo está ceñido por cinco zonas, y los inviernos devastan las más bajas, y los calores la media: así se cultivan las extremas de la tierra y la media. Donde nunca la rueda del sol arde con fuego intenso.

Las divisiones de estos círculos las distingue tal figura. (Ver pág. sig.)

3. Pero el círculo equinoccial es inhabitable porque el sol, al correr por el medio del cielo, hace un calor excesivo en esos lugares, de modo que ni las cosechas pueden crecer allí debido a la tierra quemada, ni los hombres pueden habitar debido al calor excesivo. En cambio, los círculos septentrional y austral, al estar unidos, no son habitados porque están lejos del curso del sol, y se consumen por el rigor excesivo del cielo y los fríos vientos.

4. El círculo solsticial, que está en Oriente entre el septentrional y el estival, y este que está en Occidente entre el estival y el austral, son templados porque de un círculo tienen el rigor, y del otro el calor. De los cuales Virgilio dice: Entre estos, y en medio, dos concedidas a los mortales enfermos por el don de los dioses. Pero los que están más cerca del círculo estival son los etíopes, quemados por el calor excesivo.

CAPÍTULO XI. De las partes del mundo.

1. Las partes del mundo son cuatro: fuego, aire, agua, tierra. De las cuales esta es la naturaleza: el fuego es tenue, agudo y móvil; el aire es móvil, agudo y denso; el agua es densa, obtusa y móvil; la tierra es densa, obtusa e inmóvil. Que también se mezclan entre sí de esta manera. La tierra, densa, obtusa e inmóvil, se une con la densidad y obtusidad del agua. Luego el agua se une al aire por su densidad y movilidad. Nuevamente, el aire se une al fuego por la comunión de lo agudo y móvil. La tierra y el fuego se separan entre sí, pero se unen por los dos medios, el agua y el aire. Para que esto no se entienda confusamente, he expresado una pintura a continuación.

2. Además, San Ambrosio distingue estos mismos elementos por las cualidades por las cuales se mezclan entre sí por una cierta comunión de la naturaleza, con estas palabras: La tierra, dice, es árida y fría; el agua es fría y húmeda; el aire es cálido y húmedo; el fuego es cálido y seco. Pues por estas cualidades combinables, cada uno se mezcla con el otro. La tierra, siendo árida y fría, se une al agua por la afinidad de la cualidad fría. Nuevamente, el agua se une al aire por la humedad, porque el aire es húmedo. El agua parece abrazar a la tierra y al aire con dos brazos, uno de frío y otro de humedad, abrazando a la tierra con el frío y al aire con la humedad.

3. El mismo aire, intermedio entre dos elementos opuestos por naturaleza, es decir, entre el agua y el fuego, concilia ambos elementos, porque se une al agua por la humedad y al fuego por el calor. El fuego, siendo cálido y seco, se une al aire por el calor, y por la sequedad se

asocia en comunión con la tierra, y así se unen entre sí por este circuito, como por un cierto coro en concorde sociedad. Por eso en griego se llaman στοιχεῖα, que en latín se llaman elementos, porque se unen y concuerdan entre sí. La figura de los círculos sujetos declara su comunión distinta.

CAPÍTULO XII. Del cielo.

1. Espiritualmente, el cielo es la Iglesia, que en la noche de esta vida brilla con las virtudes de los santos, como con la claridad de las estrellas. En plural, bajo el nombre de cielos se entienden todos los santos o los ángeles. Pues debemos entender por cielos también a los profetas y apóstoles. De los cuales está escrito: Los cielos cuentan la gloria de Dios; ciertamente porque ellos anunciaron al mundo la venida y muerte, así como la resurrección y gloria de Cristo.

2. Sobre el nombre del cielo, San Ambrosio dice en los libros que escribió sobre la creación del mundo: El cielo se llama en griego οὐρανός; entre los latinos, sin embargo, se llama cielo porque tiene impresas las luces de las estrellas, como signos, y se dice que está cincelado, como la plata que brilla con signos prominentes se llama cincelada. La Escritura también demuestra que su naturaleza es sutil, diciendo que firmó el cielo como humo.

3. Sus partes son: chous, eje, cardines, convexidades, polos, estrellas. Chous, lo que contiene el cielo. De donde Ennio: Apenas llena el suelo con los terrores del cielo. El eje, una línea recta que se extiende por el medio de la esfera. Los cardines son las partes extremas del eje. Las convexidades, las extremidades del cielo. Los polos, las cimas de los círculos celestes, en las que principalmente se apoya la esfera: uno de los cuales, mirando al norte, se llama Boreo, y el otro, opuesto a la tierra, se llama Austronoto.

4. Los sabios creen que el cielo gira de Oriente a Occidente, una vez al día y a la noche. Dicen que es redondo, voluble y ardiente. Creen que su esfera está sobre las aguas, para que gire en ellas y su incendio sea templado. Afirman que la esfera no tiene principio ni fin, porque por su redondez, como un círculo, no se puede comprender fácilmente dónde comienza o dónde termina. Se dice que está igualmente recogida por todas partes, mirando todo de manera similar, y separada del centro de la tierra por espacios iguales; y por su misma igualdad, tan estable que su igualdad recogida no permite que se incline hacia ninguna parte, y se sostiene sin ningún soporte.

5. Tratando la perfección de la esfera o del círculo con muchas argumentaciones, Platón insinúa la obra del Fabricante del mundo. Primero, que consta de una sola línea. Segundo, que es sin principio y sin fin. Tercero, que se forma a partir de un punto. Nuevamente, que tiene movimiento por sí mismo. Luego, que carece de indicio de ángulos, y que incluye en sí todas las demás figuras, y que tiene un movimiento inerrante, ya que hay otros seis movimientos errantes, hacia adelante, hacia atrás, a la derecha, a la izquierda, hacia arriba, hacia abajo. Finalmente, y que se hace por necesidad, de modo que esta línea no puede extenderse más allá del círculo.

6. Hay dos polos, como dijimos, por los cuales gira el cielo, Boreo, al que llamamos Aquilón. Aquí están los Arcti, es decir, los septentriones, que siempre nos aparecen. Su opuesto es Notio, que se llama austral. Este es el que, como dice Cicerón, está cubierto por la tierra, y los griegos lo llaman ἀφανής. Se dice que el polo se mueve con tanta rapidez que, a menos que las estrellas corran en contra de su curso precipitado, causarían la ruina del mundo. Se dice que su precipitada volubilidad es moderada por el curso de las estrellas. De donde

Lucano: Las estrellas que solas moderan la fuga del Olimpo, y se oponen al polo, la primera potencia diversa fue dada por la ley del mundo.

CAPÍTULO XIII. De los siete planetas del cielo y sus conversiones.

1. San Ambrosio, en el libro Hexaemeron, habla así, diciendo: Leemos en David: Alabadlo cielos de los cielos. Pues si hay un cielo o varios, es una cuestión de disputa, ya que algunos afirman que hay muchos, mientras que otros niegan que haya otros además de uno. Los filósofos del mundo introdujeron siete cielos, es decir, esferas de planetas con movimiento consonante. Recuerdan que todo está conectado a sus órbitas, que se mueven en sentido contrario al resto con un movimiento contrario. Pues en los libros eclesiásticos se leen cielos de los cielos, y el apóstol Pablo se entiende que fue arrebatado hasta el tercer cielo. Pero sobre su número, la temeridad humana no debe presumir. Dios los hizo no informes ni confusos, sino distinguidos por un cierto orden. Pues mostró el cielo del círculo superior separado por su propio término, y recogido por espacios iguales por todas partes, y en él estableció las virtudes de las criaturas espirituales. La naturaleza de este cielo, el artífice del mundo, Dios, la templó con aguas, para que la conflagración del fuego superior no incendiara los elementos inferiores. Luego solidificó el círculo del cielo inferior con un movimiento no uniforme, sino múltiple, llamándolo firmamento por la sustentación de las aguas superiores.

CAPÍTULO XIV. De las aguas que están sobre los cielos.

1. Esta es la sentencia de Ambrosio: «Los sabios de este mundo dicen que no pueden haber aguas sobre los cielos, diciendo: el cielo es ígneo, no puede concordar con la naturaleza de las aguas. Añaden también, diciendo que el orbe del cielo es redondo, voluble y ardiente, y que en ese circuito voluble las aguas no pueden permanecer. Pues es necesario que fluyan y se deslicen, ya que el orbe se tuerce de las partes superiores a las inferiores, y por esto dicen que no pueden permanecer, porque el eje del cielo, girando con rápido movimiento, las derramaría al girar.»

2. Pero que cesen de enloquecer, y reconozcan confusos que quien pudo crear todo de la nada, también pudo estabilizar la naturaleza de las aguas con solidez glacial en el cielo. Pues aunque ellos mismos dicen que el orbe brilla con estrellas ardientes, ¿no previó necesariamente la divina Providencia que entre el orbe del cielo abundaran las aguas, que templaran aquellos incendios del eje ardiente?

CAPÍTULO XV. De la naturaleza del sol.

1. Estas son las palabras de Ambrosio en el Libro Hexaemeron. Los filósofos, dice, niegan que el sol sea de naturaleza cálida, porque es blanco, no rojizo o rubicundo como el fuego, y por eso dicen que no es de naturaleza ígnea. Si tiene algo de calor, dicen que ocurre por el excesivo movimiento de su conversión. Creen que esto debe decirse para que no parezca consumir humedad, porque no tiene calor natural, con el cual la humedad se disminuye o a menudo se agota. Pero no logran nada cuando proponen esto, porque no importa si alguien tiene calor por naturaleza o por pasión, o por otra causa.

2. Pero nosotros creemos que tiene la virtud de iluminar, así como de vaporizar. Pues el sol es ígneo; el fuego ilumina y quema. Algunos dicen que el fuego del sol se nutre de agua, y que recibe del elemento contrario la virtud de la luz y el vapor; de donde a menudo vemos al sol húmedo y goteante; en lo cual da una clara indicación de que ha tomado el elemento de las aguas para su temperancia.

3. Esto en cuanto a su naturaleza. Pero según la inteligencia espiritual, el sol es Cristo, como está escrito en Malaquías: Pero a vosotros que creéis, el sol de justicia se levantará, y la salud en sus alas. Con razón se entiende que Cristo es llamado sol, porque al nacer se oculta según la carne, y según el espíritu se levanta de nuevo del ocaso. Asimismo, el sol ilumina y quema, y en tiempo nublado conforta a los sanos, pero a los febriles los quema con la llama duplicada del calor; así también Cristo ilumina a los creyentes con el espíritu vivificante de la fe, pero a los que lo niegan los quemará con el ardor del fuego eterno.

CAPÍTULO XVI. De la cantidad del sol y la luna.

1. Nuevamente, en la misma obra, el mismo Doctor testifica así: El rayo del sol no es más cercano ni más lejano a nadie. De manera similar, el globo de la luna es igual para todos. El sol es igual para los indios y los británicos; al mismo momento es visto por ambos cuando sale, ni cuando se inclina hacia el ocaso parece menor a los orientales; ni a los occidentales, cuando sale, se estima inferior que a los orientales. Cuánto dista, dice, el Oriente del Occidente, tanto dista esto entre sí. Pero el sol no dista de nadie, no es más presente ni más lejano a nadie.

2. No debe mover a nadie que parezca de un tamaño cúbico en su órbita cuando sale; pero es necesario considerar cuánto espacio hay entre el sol y la tierra, que la debilidad de nuestra vista y una cierta enfermedad apenas puede enfocar. Sin embargo, los sabios describen que es varias veces más grande que la tierra.

3. Dicen que la luna es menor que el sol; pues todas las cosas que están cerca de nosotros parecen más grandes, pero la vista se debilita por la lejanía de los lugares. Por lo tanto, vemos que la luna está cerca de nosotros, y no parece más grande a nuestra vista que el sol. Y así, aunque el sol esté mucho más alto que la luna, sin embargo, nos parece más grande: ya, si se acercara a nosotros, sería mucho más grande.

CAPÍTULO XVII. Del curso del sol.

1. Los antiguos, Arato e Higino, dicen que el sol se mueve por sí mismo, no gira con el mundo permaneciendo en un solo lugar. Pues si permaneciera fijo, sería necesario que se pusiera y saliera en el mismo lugar de donde se había levantado el día anterior, como los demás signos de las estrellas que salen y se ponen. Además, si así fuera, sería consecuente que todos los días y noches fueran iguales, y que el día de hoy fuera tan espacioso como siempre sería.

2. La noche también, por la misma razón, permanecería siempre igual, pero como vemos días desiguales, y vemos que el sol se pondrá mañana en un lugar diferente al de ayer, por eso los filósofos creen que no gira fijo con el mundo, sino que se mueve por sí mismo. Después de haber sumergido su ardiente rueda en el Océano, regresa por caminos desconocidos para nosotros al lugar de donde salió, y habiendo completado el círculo de la noche, nuevamente sale apresuradamente de su lugar; pues avanza por una línea oblicua y quebrada desde el sur hacia el norte, y así regresa al oriente. En tiempo de invierno corre por la región meridional. En verano está cerca del septentrión. Pero cuando corre por el sur, está más cerca de la tierra; cuando está cerca del septentrión, se eleva alto.

3. Por eso Dios le estableció diferentes lugares y tiempos de curso, para que no, al permanecer siempre en los mismos lugares, consumiera todo con su vapor diario. Pero como dice Clemente, recibe diferentes cursos, por los cuales se dispensa la temperatura del aire

según la razón de los tiempos, y se mantiene el orden de las vicisitudes y permutaciones. Pues cuando asciende a las alturas, templada la primavera: cuando llega al cielo más alto, enciende los calores estivales. Descendiendo de nuevo, devuelve la templanza del otoño; y cuando regresa al círculo inferior, nos deja el rigor del frío invernal por la glacial compacidad del cielo.

4. De él provienen las horas; de él el día cuando asciende, de él también la noche cuando se pone; de él se cuentan los meses y los años; de él se hacen las vicisitudes de los tiempos, y aunque es un buen ministro, nacido para moderar las vicisitudes de los tiempos, sin embargo, cuando según la voluntad de Dios se da corrección a los mortales, se enciende más intensamente, y quema el mundo con llamas más vehementes, y el aire se perturba, y se inflige una plaga a los hombres, y se introduce corrupción en la tierra, y una peste a los seres vivos, y se induce un año pestilente para todos los mortales.

5. Pero el Sol, al salir, tiene su camino por el sur, es decir, el meridiano, y después de recorrer la parte meridional, se vuelve invisible regresando a su lugar, a semejanza de la Iglesia, este mundo está fabricado, en el cual el Señor Jesucristo, el sol eterno, recorre su parte, de donde también lo llaman Meridiano. Pero al Aquilón, es decir, a la parte adversa, no sale, como los mismos, cuando venga en juicio, dirán: La luz de la justicia no nos iluminó, y el Sol no salió para nosotros. Pero a los que temen al Señor, el Sol de justicia se levanta, y la salud en sus alas, como está escrito. Para los malos, sin embargo, al mediodía es noche, como se lee: Mientras esperaban la luz, se les hicieron tinieblas; mientras esperaban el resplandor, caminaron en la noche oscura.

CAPÍTULO XVIII. De la luz de la luna.

1. Dice San Agustín en la exposición del Salmo décimo: «Se pregunta, dice, de dónde tiene la luna su luz. Solo se transmiten dos opiniones, pero se duda que alguien pueda saber cuál de ellas es verdadera.» Algunos dicen que tiene su propia luz, y que una parte de su globo es luminosa, y la otra oscura, y que al moverse en su círculo, esa misma parte que brilla se vuelve gradualmente hacia la tierra para que pueda ser vista por nosotros, y por eso primero brilla con una luz como de cuernos.

2. Pues si formas una esfera con la parte media blanca y la parte oscura, entonces si tienes ante tus ojos la parte oscura, no verás nada de blancura; cuando comiences a girar gradualmente la parte blanca hacia tus ojos, primero verás como cuernos de blancura; luego crecerá gradualmente, hasta que toda la parte blanca se oponga a tus ojos, y no se vea nada oscuro de la otra parte; si luego la giras gradualmente, comienza a aparecer la oscuridad, y la blancura disminuye, hasta que regresa a los cuernos, y así toda la blancura se aparta de los ojos, y solo se puede ver nuevamente la parte oscura. Dicen que esto ocurre cuando la luz de la luna parece crecer hasta el decimoquinto día, y luego disminuir hasta el trigésimo, y regresar a los cuernos, hasta que no aparece nada de luz en ella.

3. Pero otros dicen que la luna no brilla con su propia luz, sino que recibe luz del sol. Pues el sol es superior a ella en posición. De ahí que cuando está debajo de él, brilla en la parte superior, pero la parte inferior, que tiene hacia la tierra, está oscura. Pero cuando comienza a alejarse de él, se ilumina desde la parte que tiene hacia la tierra, comenzando desde los cuernos. Y así, gradualmente, al alejarse más del sol, toda la parte inferior se ilumina, hasta que se convierte en la luna del decimoquinto día. Pero después de medio mes, cuando comienza a acercarse al sol desde el otro semicírculo, cuanto más se ilumina en la parte

superior, tanto más no puede recibir los rayos del sol en la parte que aparta de la tierra, y por eso parece disminuir.

4. Es ciertamente manifiesto, y fácilmente reconocido por cualquiera que preste atención, que la luna no aumenta a nuestros ojos, sino al alejarse del sol, ni disminuye, sino al acercarse al sol desde el lado opuesto. Por lo tanto, recibe su luz de él, y cuando está debajo de él, siempre es pequeña; pero cuando se aleja más de él, se vuelve amplia y llena en su órbita. Si usara su propia luz, sería necesario que siempre fuera igual, y no se volvería delgada en el día treinta; y si usara su propia luz, nunca ocurriría un eclipse de ella.

5. Sin embargo, en cuanto al entendimiento místico, la luna representa la apariencia de este mundo, porque así como esta se desvanece con sus completaciones mensuales, así el mundo, corriendo hacia la consumación de los tiempos, cae con defectos diarios. La luna, por la variedad de su elemento, termina en diferentes cursos para crecer, y crece para terminar. Pero por eso representa el cambio del astro en alternancia, para enseñar a los hombres que nacerán para morir, y que vivirán después de la muerte; y por eso, cuando envejece, revela la muerte de los cuerpos; cuando crece, indica la eternidad de las almas.

6. A veces, la misma luna también se toma como la Iglesia, porque así como esta es iluminada por el sol, así la Iglesia es iluminada por Cristo. Así como la luna disminuye y crece, así la Iglesia tiene defectos y nacimientos. Con frecuencia ha crecido con sus defectos, y ha merecido ampliarse con ellos, mientras se reduce con las persecuciones y se corona con el martirio de los confesores. Asimismo, así como la luna es generosa en rocío y guía de sustancias húmedas, así la Iglesia es de bautismo y predicaciones. Y del mismo modo, cuando la luna crece, crecen todos los frutos, y cuando disminuye, disminuyen; no entendemos de otra manera a la Iglesia, en cuyo incremento progresamos con ella. Pero cuando sufre persecución y disminuye, también sufrimos y disminuimos con ella.

7. Asimismo, así como la luna tiene siete formas, así la Iglesia tiene tantas gracias de méritos. La primera figura es bicorne; la segunda, en forma de hoz; la tercera, media de la mayor; la cuarta figura es plena; la quinta, nuevamente media de la mayor; la sexta, nuevamente en forma de hoz; la séptima, bicorne. El número de la distribución de los carismas, que se confieren a toda la Iglesia por el Espíritu Santo, también consta de siete. La séptima es media, y la vigésima segunda media, está en su órbita media. Las demás son proporcionales.

CAPÍTULO XIX. Del curso de la luna.

1. Hyginus dice que es necesario que la luna se mueva por otros ortos y ocasos, no que esté quieta, y eso se entiende más fácilmente que la luz del sol. Porque al recibir luz del sol, y así parecer que nos ilumina, no hay duda de que se mueve más bien que estar quieta. La luna, cercana a la tierra, se convierte en una órbita más corta, y el recorrido que el sol realiza en 365 días, esta lo recorre en treinta días. Por eso los antiguos establecieron los meses en el curso de la luna, pero los años en el curso del sol.

2. Así, la luna, completando su curso en doce veces treinta días, completa el año según los hebreos, con algunos días añadidos; según los romanos, celebrado el bisiesto una vez cada cuatro años con la adición de un día. Cuyos aumentos y disminuciones, por una maravillosa arte de la Providencia, todo lo que se genera se alimenta y crece. Pues los elementos también sufren con su defecto, y con su progreso se acumulan lo que había sido vaciado, como el

cerebro de los animales marinos, ya que se dice que el erizo de mar y las ostras se encuentran más llenos en el aumento de la luna.

CAPÍTULO XX. Del eclipse del sol.

1. Los sabios dicen que el sol corre más alto, pero la luna está más cerca de la tierra. Por lo tanto, cuando esta se encuentra abajo en el mismo signo o línea por donde se mueve el sol, se interpone al sol y causa oscuridad en todo el orbe. Esto solo ocurre en el intermenstrual. Pues entonces la luna está en la misma parte del signo por donde se mueve el sol, y por eso se le acerca, y al interponerse parece que su luz se oscurece a nuestros ojos: como si alguien pusiera la mano extendida ante los ojos, cuanto más lo haga, menos podrá verse; pero cuanto más se aleje, más podrá ver todo.

2. De manera similar, cuando la luna llega al lugar o línea del sol, entonces parece estar cerca de él, y oscurece sus rayos ante nuestros ojos de tal manera que no pueden emitir luz. Pero cuando la luna se aleja de ese lugar, entonces el sol emite luz y la transmite a nuestros ojos. Por lo tanto, la luna se interpone al sol, como la tierra se opone a la luna; cuando ambas luces no llegan a la tierra, se dice que han fallado. Otros dicen que el defecto del sol ocurre si el agujero del aire, por donde el sol emite sus rayos, se contrae o se obstruye por algún espíritu. Esto dicen los físicos y sabios del mundo.

3. Sin embargo, nuestros doctores dijeron mística y misteriosamente que este eclipse se completó en Cristo cuando, interrumpido el curso del pacto eterno de manera inusual, los elementos, turbados, perdieron su orden, cuando el verdadero sol, horrorizado por la conjuración sacrílega, insertando tinieblas de errores en el pueblo judío, se ocultó un poco a sí mismo por la muerte, y bajado de la cruz, se ocultó en el sepulcro, hasta que al tercer día, más majestuoso de lo habitual, presentó al mundo, es decir, a las naciones, el poder de su claridad; y como el sol resplandeciendo en su poder, iluminó las tinieblas del mundo cubierto.

CAPÍTULO XXI. Del eclipse de la luna.

1. La luna no falla, sino que se oscurece, y no siente disminución de su cuerpo, sino que sufre la caída de su luz por la interposición de la tierra que la oscurece. Pues los filósofos defienden que no tiene luz propia, sino que es iluminada por el sol; y porque está a tal distancia del sol, que si algo se proyecta directamente a través de la tierra media, puede tocar el sol bajo la tierra, pero la luna sobre la tierra; y porque la sombra de la tierra se extiende hasta el círculo lunar, por eso a veces ocurre que los rayos del sol, al interponerse la masa o sombra de la tierra, no llegan a ella.

2. Esto le ocurre a la luna en el decimoquinto día, hasta que sale del centro y la sombra de la tierra que se interpone, y ve al sol o es vista por el sol. Por lo tanto, está claro que la luna recibe luz de los rayos del sol, y cuando por la interposición de la tierra no ve al sol, entonces pierde su luz. Pues los estoicos dicen que toda la tierra está rodeada de montañas, cuya sombra se dice que hace que la luna de repente no aparezca. De donde Lucano: Ya Febe, cuando devolvía todo el orbe a su hermano, Herida por la sombra repentina de la tierra, palideció.

3. Figurativamente, sin embargo, por el defecto de la luna se entienden las persecuciones de la Iglesia cuando, por las matanzas de mártires y el derramamiento de sangre, como por ese defecto y oscurecimiento, parece mostrar un rostro ensangrentado, para que los débiles se aterroricen del nombre cristiano. Pero así como esta, después del defecto, brilla con una clara

iluminación, de tal manera que parece no haber sentido ningún detrimento, así la Iglesia, después de haber derramado su sangre por Cristo a través de la confesión de los mártires, resplandece con mayor claridad de fe, y decorada con una luz más insigne, se difunde más ampliamente por todo el orbe.

CAPÍTULO XXII. Del curso de las estrellas.

1. Las estrellas giran con el mundo; no, estando el mundo quieto, las estrellas errantes se mueven, excepto aquellas que se llaman planetas, es decir, errantes, que se mueven en órbitas erráticas. Las demás, que se llaman aplanas, están fijas en un lugar y giran con el mundo. Por eso se llaman planetas, es decir, errantes, porque recorren todo el mundo con movimiento variado.

2. Las estrellas se mueven en partes diferentes entre sí. Pues algunas corren más arriba, otras más abajo. Por eso, aquellas que están más cerca de la tierra, nos parecen más grandes que las que giran alrededor del cielo. Pues la vista se debilita por la lejanía de los lugares. De ahí que, por la distancia de los círculos lejanos entre sí, unas regresen más rápido, otras más lentamente al inicio de su curso.

3. Pues algunas estrellas, al salir más rápido, se cree que se ponen más tarde; algunas también, al salir más tarde que las demás, llegan más rápido al ocaso. Algunas incluso nacen juntas, y no se ponen al mismo tiempo. Pero todas regresan a su curso propio en su tiempo. Las estrellas, impedidas por los rayos del sol, se vuelven anómalas, retrógradas o estacionarias. Según lo que también el poeta menciona, diciendo: El sol divide los tiempos de la vida, Cambia el día por la noche, y con sus poderosos rayos impide que las estrellas se muevan, y detiene sus cursos errantes con su estación.

CAPÍTULO XXIII. De la posición de las siete estrellas errantes.

1. En el ámbito de los siete orbes celestiales, primero en el círculo de la esfera inferior está colocada la luna. Por eso, situada cerca de la tierra, para que nos brinde luz más fácilmente por la noche. Luego, en el segundo círculo, está colocada la estrella de Mercurio, igual en velocidad al sol, pero con una fuerza contraria, como dicen los filósofos. En el tercer círculo está la circunvalación de Lucifer, llamado así por los gentiles Venus, porque entre las cinco estrellas tiene más luz. Pues, como dijimos antes, así como el sol y la luna, también esta hace sombra.

2. En el cuarto círculo está colocado el curso del sol, que por lo tanto, porque es el más luminoso de todos, está constituido en el medio, para que brinde luz tanto a los superiores como a los inferiores. Además, está constituido así por razón divina, porque todas las cosas brillantes deben estar en el medio. En el quinto círculo se dice que está colocada la estrella de Pyrois, que asignan a Marte. En el sexto, la estrella de Phaeton, que llaman Júpiter. Ya en el cielo más alto, es decir, en la cima del mundo, está colocada la estrella de Saturno, que aunque ocupa el cielo más alto, y es más sublime que todas, sin embargo, su naturaleza se dice que es fría, como aprueba Virgilio: La fría estrella de Saturno se retira.

3. Estas estrellas se llaman errantes, no porque ellas erren, sino porque nos hacen errar; estas estrellas se llaman planetas en griego. Pues en el sol y la luna todos conocen su orto y ocaso, por eso el sol y la luna se mueven en un curso directo. Pero estas se vuelven retrógradas, o se vuelven anómalas, es decir, cuando añaden y restan partículas; pero cuando solo restan, se llaman retrógradas; hacen estación cuando se detienen.

4. Los años de cada estrella son los que se contienen en la esfera sujeta. Al completarlos, regresan a su círculo en los mismos signos y partes. Pues se dice que la luna completa su círculo en ocho años, Mercurio en 23 años, Lucifer en 9 años, el Sol en 19 años, Pyrois en 15 años, Phaeton en 12 años, Saturno en 30 años. La figura adjunta muestra la posición de estos orbes y estrellas.

CAPÍTULO XXIV. De la luz de las estrellas.

1. Dicen que las estrellas no tienen luz propia, sino que son iluminadas por el sol, y que nunca se alejan del cielo, sino que se ocultan con la llegada del sol. Pues todas las estrellas se oscurecen al salir el sol, no caen. Pues cuando el sol ha enviado las señales de su orto, todos los fuegos de las estrellas se desvanecen bajo el resplandor de su luz; de tal manera que, además del fuego del sol, no se ve el esplendor de ninguna estrella. De ahí que también se llame sol, porque aparece solo, oscurecidas todas las estrellas. Y no es de extrañar esto del sol, ya que incluso la luna llena, brillando toda la noche, hace que muchas estrellas no brillen. Que también haya estrellas en el cielo durante el día lo prueba el eclipse del sol, porque cuando el sol es oscurecido por el orbe de la luna que se interpone, las estrellas se ven más claramente en el cielo.

2. Las estrellas, según el sentido místico, se entienden como hombres santos. De quienes se ha dicho: Él cuenta el número de las estrellas. Pues así como todas las estrellas son iluminadas por el sol, así los santos son glorificados por Cristo con la gloria del reino celestial. Y así como por el resplandor del sol y su gran poder las estrellas se apagan, así también todo el esplendor de los santos, en comparación con la gloria de Cristo, se oscurece de alguna manera. Y así como las estrellas difieren entre sí en claridad, así la diversidad de los justos se distingue por la discreción de los méritos.

CAPÍTULO XXV. De la caída de las estrellas.

1. Es una opinión falsa y vulgar que las estrellas caen de noche, cuando sabemos que chispas caídas del éter van por el cielo, y son llevadas por los vientos, y vagan imitando la luz de las estrellas; pero las estrellas permanecen inmóviles y fijas en el cielo.

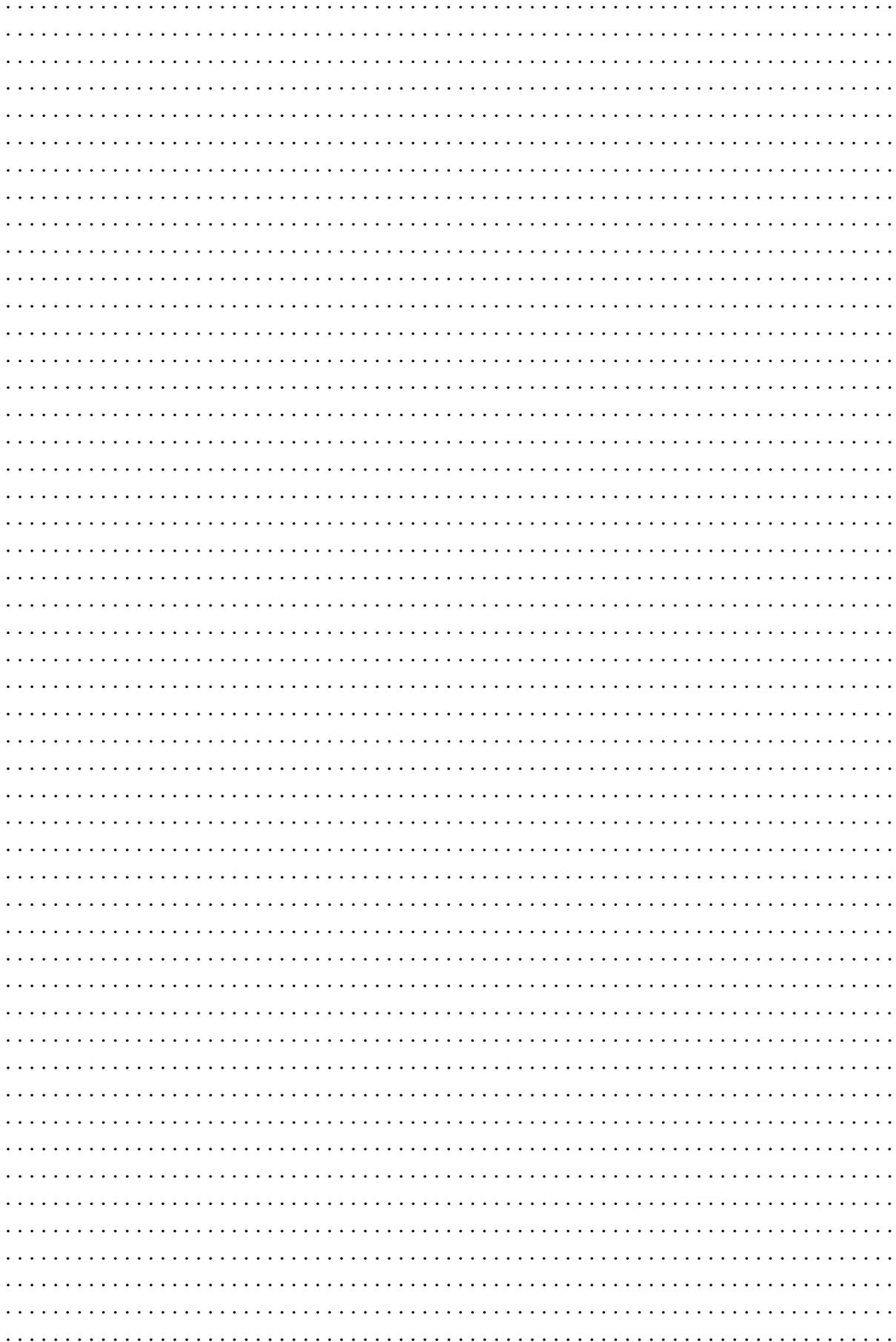
2. Pues lo que dice el poeta: A menudo verás también las estrellas caer precipitadamente del cielo con el viento soplando, y a través de las sombras de la noche dejar largos rastros de llamas detrás. Y de nuevo: Cayendo por el alto aire, arrastrar surcos candentes, y también las estrellas que están fijas en los polos más altos. Pero estos poetas se han adaptado voluntariamente a la opinión del vulgo. Sin embargo, los filósofos, que se preocupan por buscar la razón del mundo, afirman lo que se ha mencionado anteriormente.

CAPÍTULO XXVI. De los nombres de las estrellas.

1. Se lee en Job, diciendo el Señor: ¿Acaso puedes unir las brillantes estrellas de las Pléyades, y puedes disolver el giro de Arturo? ¿Acaso haces salir a Lucifer en su tiempo, y haces que el vespero se levante sobre los hijos de la tierra? Y de nuevo en otro lugar: Él hace a Arturo, y a Orión, y a las Híades. Al leer estos nombres de estrellas en las Escrituras, no prestemos atención a delirios vanos, que han impuesto estos nombres en las estrellas con falsas opiniones, ya sea de nombres de hombres o de otras criaturas. Pues así los sabios de los gentiles han dado nombres a ciertas estrellas, como también a los días.

2. Pero el hecho de que la Sagrada Escritura use estos nombres, no aprueba por eso sus fábulas vanas, sino que, haciendo figuras de cosas invisibles a partir de cosas visibles, se





titánicas, el espíritu las alimenta desde dentro". Por lo tanto, si los cuerpos de las estrellas tienen almas, se debe preguntar qué serán en la resurrección.

CAPÍTULO XXVIII. De la noche.

1. Leí a Ambrosio en el libro Hexaemeron diciendo: "Se pregunta cómo el espacio del aire es ocupado por la sombra de la tierra, produciendo la noche para nosotros, cuando el sol se aleja de nosotros y cubre el día, mientras ilumina las partes inferiores del eje septentrional. Todo cuerpo produce sombra, y naturalmente la sombra se adhiere al cuerpo, tanto que incluso los pintores se esfuerzan por expresar las sombras de los cuerpos que han pintado, y afirman que es un arte no interrumpir la fuerza de la naturaleza.

2. Por lo tanto, así como durante el día, cuando un cuerpo humano o un árbol se interpone en el camino del sol, la sombra permanece en el lado donde la luz es reflejada; así, cuando el sol llega al lugar donde se dice que se pone, se separa de nosotros por la magnitud de las montañas, y así, por la interposición de la tierra, el aire es sombreado desde la parte septentrional, de modo que esta misma sombra de la tierra nos produce la noche.

CAPÍTULO XXIX. Del trueno.

1. Los truenos se generan por el choque de las nubes. Los espíritus de los vientos, atrapados dentro del seno de las nubes, se agitan allí. Y cuando, a punto de estallar, se comprimen con fuerza y, por la movilidad de su poder, irrumpen en cualquier dirección, resuenan con gran estruendo, y el sonido de su fragor llega a nuestros oídos como el de cuadrigas saltando de sus establos.

2. Sin embargo, el trueno es también una reprensión divina de la voz celestial, o una clara predicación de los santos, que resuena con fuerte clamor por todo el orbe de la tierra en los oídos de los fieles, por lo cual el mundo puede ser advertido para reconocer su culpa.

CAPÍTULO XXX. De los relámpagos.

1. Los investigadores de las causas naturales dicen que los relámpagos se generan por la colisión y fricción de las nubes, de manera similar a las piedras de sílex más duras que, cuando se golpean entre sí, emiten fuego en medio de ellas, o como cuando se frota madera contra madera, se emite fuego. Por eso también Papinio dice: "Y los relámpagos brillan cuando las tormentas se frotan entre sí". De esta manera, cuando las nubes chocan entre sí, inmediatamente se envían relámpagos.

2. Luego siguen los truenos, que aunque son más lentos en sonido, se emiten junto con el relámpago que los precede en claridad. Pero su sonido penetra más lentamente en los oídos que el resplandor del relámpago en los ojos, como el hacha que corta un árbol a lo lejos, cuyo golpe ves antes de que el sonido llegue a los oídos. Por lo tanto, los relámpagos nacen del choque de las nubes. Nunca han brillado relámpagos en un cielo sereno. Por eso también Virgilio dice: "Nunca cayeron más relámpagos en un cielo sereno".

3. El relámpago se produce por la nube, la lluvia y el viento. Porque cuando el viento es agitado con fuerza en las nubes, se calienta tanto que se incendia. Luego, como se ha dicho, los relámpagos y los truenos se emiten juntos. Pero el relámpago se ve más rápido porque es brillante, mientras que el trueno llega más lentamente a los oídos. Después del lanzamiento del relámpago, la violencia de los vientos estalla, y así liberan la furia de la tormenta que mantenían encerrada en las nubes hacia la tierra.

4. Lucrecio dice que los relámpagos están compuestos de pequeñas semillas, por lo que son penetrantes; dondequiera que caiga un relámpago, emite un olor a azufre. Virgilio: "Y los lugares alrededor humean con azufre", y Lucano: "Y el hierro dañino humea con azufre etéreo".

5. En los relámpagos se entienden los milagros de los santos, brillando con la claridad de los signos y las virtudes, y llegando a lo más íntimo del corazón. Se dice que los lugares elevados sienten más la injuria de los vientos o los relámpagos que la tierra más baja. Por eso también Horacio dice: "Y los relámpagos golpean las cumbres de las montañas". Sin embargo, los lugares demasiado altos están seguros de las tempestades, como el Olimpo, que por su altura no siente el ímpetu de los vientos ni los golpes de los relámpagos, porque supera las nubes.

CAPÍTULO XXXI. Del arco iris.

1. Clemente Romano, obispo y mártir, escribe así: "El arco iris se forma en el aire por la imagen del sol de esta manera. Cuando el sol brilla desde el frente en las nubes que se están aclarando, y sus rayos se transfunden en línea recta a través de la humedad en la nube, se produce una reflexión de su resplandor en las nubes, de las cuales el fulgor emergente forma la apariencia de un arco. Así como la cera impresa expresa la imagen de un anillo, así las nubes, tomando la figura de la redondez del sol, forman un orbe y crean la imagen del arco. Sin embargo, este no aparece siempre, sino cuando las nubes del cielo se aclaran. Porque nuevamente, cuando las nubes se juntan y se densan, la forma del arco se disuelve de inmediato. En la densidad de las nubes, el arco abarca el aire en un giro perfecto. Finalmente, sin sol y nubes, el arco nunca aparece, porque su forma se crea por el tipo de rayo del sol".

2. Es de cuatro colores, y de todos los elementos toma sus especies. Del cielo toma el color ígneo, de las aguas el púrpura, del aire el blanco, de la tierra recoge el negro. Este arco iris, porque resplandece en las nubes por el sol, indica la gloria de Cristo resplandeciendo en los profetas y doctores. Otros han dicho que de sus dos colores, el acuoso y el ígneo, se significan dos juicios. Uno por el cual los impíos perecieron en el diluvio; otro, por el cual los pecadores serán quemados en el infierno.

CAPÍTULO XXXII. De las nubes.

1. Se debe notar del libro de Job, que este aire visible es forzado a conglomerarse; una vez conglomerado, se convierte en nubes. Así dice él: "De repente el aire se condensa en nubes, y el viento que pasa las dispersará" (Job 37, 21). Y Virgilio: "Se levantan los vientos, y el aire se condensa en nubes". Las nubes, sin embargo, se entienden como los santos predicadores, que derraman la lluvia de la palabra divina sobre los creyentes.

2. Este aire vacío y tenue significa las mentes vacías y errantes de los hombres, que, sin embargo, densificadas se convierten en nubes, porque las mentes de los fieles, recogidas de la inanidad, se solidifican en la fe. Y así como de un aire vacío se hacen nubes lluviosas, así de la vanidad del mundo se recogen los santos predicadores para la fe. Las nubes se llaman así porque cubren el éter, de donde también se llaman "nuptiae" (novias), porque velan sus rostros. De donde también Neptuno, porque cubre la tierra con nube y mar.

CAPÍTULO XXXIII. De las lluvias.

1. Se lee en el profeta Amós: "Él llama a las aguas del mar y las derrama sobre la faz de la tierra" (Amós 9, 6). Porque las aguas amarguísimas del mar son suspendidas por el vapor

sutil del calor aéreo, a semejanza de una calabaza medicinal, que por el calor del círculo superior atrae la humedad y la sangre hacia arriba. De esta manera, las aguas del mar, suspendidas por vapores muy finos en el aire, se condensan gradualmente, y allí, cocidas por el fuego del sol, se transforman en el dulce sabor de las lluvias.

2. Luego, cuando la nube se vuelve pesada, a veces exprimida por la fuerza de los vientos, a veces disuelta por el calor del sol, se esparcen sobre la faz de la tierra. Por lo tanto, las nubes absorben las aguas del mar, y nuevamente las devuelven a la tierra. Pero, como hemos dicho, para que puedan ser dulces en las lluvias, se cocinan con el fuego del sol. Otros dicen que no solo las aguas del mar hacen que las nubes se condensen, sino también los vapores exhalados de la tierra, que al densarse y compactarse hacen que las nubes se eleven más alto. Y al deslizarse, derraman lluvias.

3. Las nubes, como hemos dicho, significan los apóstoles y doctores. Las lluvias de las nubes son, por lo tanto, las palabras de los apóstoles, que vienen como gotas, es decir, sentencialmente, pero infunden más abundantemente la fecundidad de la doctrina.

CAPÍTULO XXXIV. De la nieve.

1. Dice Ambrosio que a menudo las aguas se solidifican en nieve por los fríos glaciales de los vientos, y cuando el aire se rompe, la nieve se derrama.

CAPÍTULO XXXV. Del granizo.

1. De manera similar, se produce la coagulación del granizo. Las aguas de las nubes se congelan en hielo por el rigor de los vientos, y se endurecen. Luego, el mismo hielo, en parte fragmentado por el fragor de los vientos, en parte disuelto por el vapor del sol, se desliza en fragmentos hacia la tierra. Lo que parece redondo, lo hace el calor del sol y la demora del aire que lo frena, mientras desciende desde las nubes hasta la tierra a lo largo de un largo espacio.

2. Figurativamente, el granizo es la dureza de la perfidia, fría por el letargo de la malicia; la nieve son los hombres incrédulos, frigidísimos y perezosos, y deprimidos en lo más bajo por el letargo de la mente. En otro sentido, las nieves son hombres fríos en amor, que aunque sean blancos por la pureza del bautismo, no arden en el espíritu de la caridad.

CAPÍTULO XXXVI. De los vientos.

1. El viento es aire movido y agitado, como aprueba Lucrecio: "El viento se produce cuando el aire es agitado". Lo cual también se puede demostrar en un lugar muy tranquilo y libre de todos los vientos con un pequeño abanico, con el que, incluso ahuyentando moscas, movemos el aire y sentimos el soplo. Cuando esto ocurre por un movimiento más oculto de los cuerpos celestiales o terrenales a lo largo de un gran espacio del mundo, se llama viento, habiendo recibido nombres diversos de las diferentes partes del cielo.

2. Algunos dicen que los vientos nacen del aire, y el aire del agua. Clemente dice: "Porque hay ciertos lugares donde se encuentran montañas altas, y de estas, como si el aire comprimido y estrechado por la ordenación de Dios, se fuerza y se exprime en vientos, cuyo soplo hace que los frutos conciban germen, y el ardor estival tome templanza, cuando las Pléyades encendidas arden con los ardores del sol".

3. Los vientos, a veces, se entienden como los espíritus de los ángeles, que son enviados desde los secretos de Dios para la salvación del género humano por todo el mundo. A veces,

los vientos se suelen poner como espíritus incitadores, porque con el soplo de la mala sugestión encienden los corazones de los inicuos hacia los deseos terrenales, según está escrito: "El viento abrasador lo llevará" (Job 27, 21).

CAPÍTULO XXXVII. De los nombres de los vientos.

1. El primer viento cardinal, Septentrión, frío y nevado, sopla recto desde el eje, y produce fríos secos y nubes secas. Este también es Aparctias. Circio, que también es Thrascias, soplando desde la derecha de Septentrión, produce nieves y coagulación de granizo. Aquilón, que también se llama Bóreas, soplando desde lo alto, es gélido y seco, y sin lluvia, que no disipa las nubes, sino que las comprime; por lo cual no sin razón asume la forma del diablo, que con el frío de la iniquidad comprime los corazones de los gentiles.
2. El segundo viento cardinal es Subsolano, que también es Apeliotes. Este sopla desde el este del sol, y es templado. Vulturno, que también se llama Caecias, es más a la derecha de Subsolano. Este disuelve todo y seca. Euro, viniendo desde el lado izquierdo de Subsolano, riega el Oriente con nubes.
3. El tercer viento cardinal es Austro, del sur, que también es Notus, soplando desde lo bajo, húmedo, cálido y lleno de relámpagos, generando nubes abundantes y lluvias muy alegres, disolviendo incluso las flores. Euroaustro, viento cálido, sopla desde la derecha de Austro. Libonoto, o Austroafricano, es un viento templado, cálido, soplando desde la izquierda de Austro.
4. El cuarto viento cardinal es Céfiro, que también es Favonio, soplando desde el oeste interior. Este relaja el rigor del invierno con un cambio muy agradable, produce flores. Áfrico, que se llama Lips, soplando desde el lado derecho de Céfiro: este genera tempestades y lluvias, y produce colisiones de nubes, y sonidos de truenos, y visiones de relámpagos frecuentes, y golpes de rayos. Coro, que también es Argestes, soplando desde la parte izquierda de Favonio, cuando sopla, hay nubes en el Oriente, en la India cielos despejados.
5. Sin embargo, Tranquilo llama a algunos vientos propios de los lugares con nombres propios, de los cuales son: en Siria, Sirio; en Cilicia, Carbaso; en Propóntide, Trácidas; en Ática, Scirón; en Galicia, Circio; en España, Sucronense. Además, hay algunos innumerables nombrados por ríos, estanques o límites. Sin embargo, hay dos espíritus más que vientos, aura y altano.

CAPÍTULO XXXVIII. De los signos de tempestad o serenidad.

1. La tempestad es un torbellino del juicio divino, como dice el profeta: "Dios en la tempestad y el torbellino es su camino" (Nahum 1, 3). La serenidad es el gozo de la luz eterna. Tranquilo en Pratis dice así sobre los signos de las tempestades para los navegantes: "Se debe esperar un cambio de tempestad a algo más áspero, cuando en la navegación nocturna el agua chisporrotea en los remos y en el timón. Hay un cambio de viento hacia el sur cuando vuelan las sepias o las golondrinas, o cuando los delfines se muestran completamente con saltos y golpean el agua con sus colas. Porque siempre el viento surge de donde ellos se dirigen. No es de extrañar que los animales mudos adivinen bajo el agua. Siempre el movimiento del aire incipiente inclina las aguas, y los habitantes de las olas son los primeros en sentir este cambio. Por lo tanto, luchan por el ímpetu, o por miedo a ser llevados a las costas; o por naturaleza, para que la ola no precipite sus cuellos hacia atrás.

¿Qué, entonces? ¿Solo los delfines temen esta injuria? No, también los demás peces. Pero estos son los únicos que aparecen, porque saltan.

2. Varro también dice que es un signo de tempestad cuando relampaguea desde el lado del Aquilón, y cuando truena desde el lado del Euro. Nigidius también dice: "Si la luna tiene manchas negras en su cuerno superior en las primeras partes del mes, habrá lluvias; si en el medio, entonces cuando sus cuernos estén llenos, habrá serenidad. Ciertamente, si enrojece como el oro, indica vientos. Porque el viento se produce por la densidad del aire, y cuando está cubierto de densidad, el sol y la luna enrojecen. También, si sus cuernos están cubiertos de niebla, habrá una tempestad.

3. Arato dice que si el cuerno septentrional de la luna está más recto, se avecina el Aquilón. También, si el cuerno austral está más erguido, se avecina el Notus. La cuarta luna se considera el indicador más seguro de los vientos futuros. Por eso también Virgilio dice: "Pero si en el cuarto día, porque es el autor más seguro. No pasará por el cielo con cuernos obtusos. Todo ese día, y los que nacerán de ellos, hasta el mes completo, estarán libres de lluvia y vientos".

4. Virgilio también dice: Si el sol al amanecer está manchado y oculto bajo una nube, o si aparece por la mitad, habrá lluvias. Varro también dice: Si al salir parece cóncavo, de modo que brilla en el medio y hace rayos en parte hacia el sur, en parte hacia el norte, indica una tempestad húmeda y ventosa.

5. Varro también dice: Si el sol se pone rojo, el día será claro; si palidece, indica tempestades. Nigidius también dice: "Si el sol pálido se pone en nubes negras, indica el viento Aquilón". También el Señor en el Evangelio: "Si al atardecer el cielo está rojo, la mañana será serena. Si por la mañana el cielo está rojo triste, habrá tempestad, y cuando sople el viento del sur, habrá calor".

CAPÍTULO XXXIX. De la pestilencia.

1. La pestilencia es una enfermedad que se extiende ampliamente, y con su contagio contamina todo lo que toca. Esta enfermedad no tiene un espacio de tiempo en el que se pueda esperar vida o muerte, sino que la languidez repentina viene junto con la muerte. Algunos han dicho que la causa de esta pestilencia es que cuando por los pecados de los hombres se inflige un castigo y corrección en la tierra, entonces por alguna causa, es decir, por la sequía, el calor, o la intemperancia de las lluvias, el aire se corrompe. Así, perturbado el orden natural, los elementos se infectan, y se produce la corrupción del aire, y un aura pestilente, y surge la destrucción, y el vicio de la corrupción en los hombres y otros seres vivos. Por eso también Virgilio dice: "Con el clima corrompido y la plaga lamentable viene, a los árboles y a los cultivos".

2. Otros dicen que muchas semillas pestilentes de las cosas son llevadas al aire y suspendidas, y transportadas a las partes externas del cielo por los vientos o las nubes. Luego, dondequiera que se dirijan o caigan, corrompen todos los brotes y germinan para la muerte de los animales; o permanecen suspendidas en el aire, y cuando respiramos las auras, también absorbemos esas semillas en el cuerpo, y de ahí el cuerpo languidece con enfermedad, o se exanima por úlceras horribles o por un golpe repentino. Así como los cuerpos acostumbran a ser probados por la novedad del cielo o de las aguas que llegan, de modo que conciben enfermedad, también el aire corrompido que viene de otras partes del cielo corrompe el cuerpo con una calamidad repentina y extingue la vida de repente.

CAPÍTULO XL. Del Océano.

1. Algunos dicen que en las profundidades del Océano hay ciertos espíritus de viento, como las narices del mundo, a través de las cuales el aliento emitido o retraído, con acceso y retroceso alternos, ahora exhalando el espíritu, hinchán los mares, ahora retrayéndolo, los reducen. Algunos quieren que el Océano crezca con el aumento lunar, y como si por sus respiraciones se retraiga hacia atrás, y nuevamente por el impulso y retroceso del mismo, se vierta en su propia medida.

2. Otros dicen que las olas del Océano son levantadas por los astros, y que el sol extrae agua del Océano con sus fuegos y la vierte alrededor de todas las estrellas para templarlas, porque son ígneas. Por eso dicen que cuando extrae las aguas, eleva el Océano. Pero si las aguas son levantadas por el espíritu de los vientos, o crecen con el curso lunar, o disminuyen por la atracción del sol, esto solo lo conoce Dios, cuyo es el mundo, y solo Él conoce toda la razón del mundo.

3. La magnitud del Océano es incomparable, y su anchura intransitable se dice. Esto también parece indicar Clemente, discípulo de los apóstoles, cuando dice: "El Océano es intransitable, y los mundos que están más allá de él". Los filósofos dicen que después del Océano no hay tierra, sino que el mar está contenido solo por el aire denso de las nubes, como también la tierra está debajo, por eso también Lucano dice: "Cuando el mar envolvía a las naciones, cuando Tetis no quiso soportar ninguna orilla, contenta de sostener el cielo, entonces también una masa tan grande habría crecido hasta las estrellas, si el rector de los cielos no hubiera presionado las olas con nubes".

CAPÍTULO XLI. Por qué el mar no crece.

1. ¿Por qué el mar no se hace más grande y no crece con la abundancia de ríos que recibe? El obispo Clemente dice que es porque el agua salada consume naturalmente el agua dulce que recibe, de modo que el elemento salado del mar, por muchas cantidades de agua que reciba, no obstante, la absorbe. Además, los vientos la arrastran y el vapor y el calor del sol la asumen. Finalmente, vemos que los lagos y muchas lagunas se consumen en poco tiempo por los soplos de los vientos y el ardor del sol. Sin embargo, Salomón dice: "A su lugar de donde salen, los ríos vuelven" (Eclesiastés I, 7).

2. De esto se entiende que el mar no crece porque, a través de ciertos conductos ocultos de las profundidades, las aguas regresan a sus fuentes y vuelven a fluir por sus ríos en su curso habitual. El mar fue hecho para recibir el curso de todos los ríos. Aunque su profundidad es diversa, la igualdad de su superficie es uniforme. Por eso se cree que se llama "mar", porque su superficie es igual; los físicos dicen que el mar es más alto que las tierras.

CAPÍTULO XLII. Por qué el mar tiene agua salada.

1. Nuevamente, el doctor Ambrosio enseñó diciendo: Los antiguos dicen que el mar tiene aguas saladas y amargas porque lo que fluye en él desde diversos ríos es consumido por el ardor del sol y los soplos de los vientos, y se consume tanto vapor durante el día como el que se introduce diariamente desde todos los cursos de los ríos. También se dice que esto ocurre por la razón del sol, que atrae hacia sí lo que es puro y ligero, y deja lo que es pesado y terrenal, lo cual es amargo e imbebible.

CAPÍTULO XLIII. Sobre el Nilo.

1. Egipto siempre tiene calor y sol; nunca recibe lluvias ni nubes, y el río Nilo inunda sus tierras en verano, lo que utilizan en lugar de lluvias. Este río nace entre el sur y el este. Los vientos etesios soplan desde el lado del oeste, es decir, desde el occidente, y tienen un tiempo determinado. Nacen en el mes de mayo, y su soplo es débil al principio, pero aumenta con los días.

2. Soplan desde la sexta hasta la décima hora. Por el soplo de estos vientos, que resisten las olas y también obstruyen sus desembocaduras, donde fluye hacia el mar, con montones de arena, las olas del Nilo se hinchan y se ven obligadas a retroceder. Así, las aguas que brotan son empujadas hacia el sur. Cuando los vientos etesios cesan y los montones de arena se rompen, el río regresa a su cauce.

CAPÍTULO XLIV. Sobre los nombres del mar y los ríos.

1. En "Pratis", Tranquilo afirma diciendo: El mar exterior es el Océano, el interior, que fluye del Océano, es el superior e inferior, con los cuales Italia es bañada. De estos, el superior se llama Adriático, y el inferior, Toscano.

2. El estrecho es un mar angosto, casi como un mar hirviente, como el de Sicilia y el de Cádiz. Los estuarios son todos aquellos lugares por donde el mar alternativamente avanza y retrocede. El "alto" es propiamente el mar profundo. Los vados son aquellos lugares en el mar donde se puede estar de pie, que Virgilio llama "breves", y los griegos "brachya".

3. Los golfos son grandes recesos del mar, como el Caspio, el Árabe, el Índico. Los menores son "ángulos", como el Paestano, el Amyclano, y otros similares. Las "fluctuaciones" son movimientos del mar sin tormenta. Nevio en la Guerra Púnica dice: "Las naves de carga estaban en las fluctuaciones", como si dijera "en el mar".

4. Las "moles" son aquellas que sobresalen y se extienden en el mar. De las cuales Pacuvio dice: "Todas las guaridas obstruidas por la mole levantada". El "golfo ciego" es una ola hinchada, pero aún no blanca. De lo cual Atta en "Togatis" dice: "Por el pueblo, las olas ciegas se levantan por la discordia". Y Augusto dice: "Llegamos a Nápoles con una ola ciega".

5. "Ditus" es todo lo que el agua baña. "Río" es todo líquido que fluye aunque sea moderadamente. "Torrente" es un río que crece con la lluvia y se seca con la sequía: de lo cual Pacuvio dice: "Torrente de vapor ardiente de la tierra". "Desembocaduras" son las salidas de los ríos al mar. "Tollae" son las proyecciones de agua, como las que son muy precipitadas en el río Aniense.

CAPÍTULO XLV. Sobre la posición de la tierra.

1. Cómo se cree que la tierra está fundada sobre el aire, sostenida por pesos equilibrados, así dice Ambrosio: "Sobre la calidad de la tierra, o su posición, basta saber según la Escritura de Job que suspende la tierra sobre la nada". Los filósofos también opinan de manera similar, que la tierra es sostenida por aire denso, y como una esponja, cuelga inmóvil por su masa, y así, con un movimiento igual de un lado a otro, como si estuviera sostenida por remos de alas, se inclina equilibrada desde todas partes, y no puede inclinarse hacia un lado.

2. Sin embargo, si se sostiene por la densidad del aire, o si cuelga sobre el agua, porque está escrito "quien fundó la tierra sobre las aguas" (Salmo CXXXV, 6); o cómo el aire suave puede sostener una masa tan grande de tierra; o si está sobre las aguas, cómo no se hunde un peso tan inmenso; o cómo mantiene el equilibrio para no inclinarse hacia un lado; esto no es posible que lo sepa ningún mortal, ni nos es permitido discutir o investigar tal excelencia del arte divino, mientras consta que permanece estable por la ley de la majestad de Dios, ya sea sobre las aguas o sobre las nubes. Porque, dice Salomón, "¿quién es suficiente para narrar sus obras, o quién investigará sus maravillas?" Por lo tanto, lo que es un secreto para la naturaleza de los mortales, debe dejarse a la potencia divina.

CAPÍTULO XLVI. Sobre el terremoto.

1. Los sabios dicen que la tierra es como una esponja, y que el viento que se ha acumulado gira y se mueve por las cavernas. Y cuando ha ido tanto como la tierra no puede contener, el viento envía rugidos y murmullos aquí y allá. Luego, buscando una salida, cuando la tierra no puede sostenerlo, tiembla o se abre, para expulsar el viento. De ahí que se produzca un terremoto, cuando el viento encerrado sacude todo.

2. Por eso también dice Salustio: "Los vientos, precipitados por las cavernas de la tierra, rompieron algunos montes, y los túmulos se asentaron". Por lo tanto, como dijimos, el temblor de la tierra se produce por el espíritu del viento a través de las cavernas de la tierra, o por el colapso de las partes inferiores, y el movimiento de las olas. Así también dice Lucano: "Y con la tierra abriéndose, las Alpes temblaron con movimientos inusuales".

3. Sin embargo, el terremoto ocurre continuamente donde hay cavernas en la tierra, en las que los vientos entran y causan el terremoto. Porque donde hay arena, o la tierra es sólida, no hay terremoto. El movimiento de la tierra pertenece al juicio, cuando los pecadores y los hombres terrenales serán sacudidos por el espíritu de la boca de Dios. También el movimiento de la tierra es la conversión de los hombres terrenales a la fe. Por eso está escrito: "Sus pies se detuvieron, y la tierra se movió", ciertamente para creer.

CAPÍTULO XLVII. Sobre el monte Etna.

1. Sobre el monte Etna, Justino en el libro de las Historias dice así: "La tierra de Sicilia es delgada y frágil, y tan penetrable por ciertas cavernas y conductos, que casi toda está abierta a los soplos de los vientos, y también la materia natural del suelo es propicia para generar y nutrir fuegos, ya que se dice que está internamente cubierta de azufre y betún. Esto hace que, con el espíritu luchando con el fuego internamente, frecuentemente y en muchos lugares, ahora emita vapores, ahora humo.

2. De ahí que el incendio del monte Etna dure por tantos siglos, y donde un viento más fuerte se ha asentado a través de las aberturas de las cavernas, las masas de arena han sido expulsadas. También se suman los combustibles perpetuos de las islas Eolias, como si el incendio se alimentara de las mismas olas, porque en límites tan estrechos no podría durar tanto tiempo un fuego tan grande, a menos que también se alimentara de los nutrientes de la humedad.

3. De aquí surgieron las fábulas de Escila y Caribdis. De aquí se escucharon ladridos, de aquí los monstruos, de aquí se devolvieron las imágenes, mientras los navegantes, aterrorizados por los grandes remolinos del mar agitado, pensaban que las olas ladraban, que el abismo del remolino devorador chocaba. La misma causa también hace que el monte Etna tenga fuegos

perpetuos. Porque esa concurrencia de aguas arrastra consigo el espíritu hacia el fondo, y allí lo mantiene sofocado hasta que, difundido a través de las aberturas de la tierra, enciende los nutrientes del fuego.

4. Sin embargo, se sabe que es un ejemplo del infierno, cuyo fuego perpetuo arderá para castigar a los pecadores, que serán atormentados por los siglos de los siglos. Porque así como estos montes, en tanta duración de tiempo, hasta ahora persisten con llamas ardientes, de modo que nunca pueden extinguirse, así ese fuego para torturar los cuerpos de los condenados nunca tendrá fin.

CAPÍTULO XLVIII. Sobre las partes de la tierra.

1. Ahora definiremos la posición de la tierra, y expondremos en orden en qué lugares se ve que el mar está interpuesto. La tierra, como testifica Higino, colocada en la región media del mundo, ocupando el centro, equidista de todas las partes del cielo. El Océano, extendido en la región de la circunferencia de la esfera, baña casi los límites de todo el orbe. Por lo tanto, se cree que las constelaciones que se ponen caen en él.

2. La región de la tierra se divide en tres partes, de las cuales una se llama Europa, otra Asia, y la tercera África. Europa se divide de África por el mar desde los extremos del Océano y las Columnas de Hércules. Asia y Libia con Egipto son separadas por la desembocadura del río Nilo, que se llama Canópico. Asia se divide de Europa por el Tanais, que se vierte en el lago llamado Meótide. Asia, como dice el bienaventurado Agustín, se extiende desde el sur a través del este hasta el norte. Europa desde el norte hasta el oeste, y de allí África desde el oeste hasta el sur.

3. Por lo tanto, parece que dos partes, Europa y África, ocupan la mitad del orbe. La otra mitad la ocupa sola Asia. Pero esas dos partes fueron hechas porque entre ambas el Océano entra, y todo lo que fluye de aguas hacia las tierras, y esto nos hace el Mar Mediterráneo. Los geómetras han estimado la medida de toda la tierra en ciento ochenta mil estadios.